

Por último, destacan Astorga y El Bierzo. La conjetura que hemos arrojado no puede demostrarse completamente, mas se trata de la explicación razonable que menos problemáticas nuevas suscita. Bajo nuestro juicio, la ausencia de aristocracias locales condicionó una escasa implantación de la autoridad regia. La consecuencia directa fue que la única vía de promoción política y social en las estructuras del *regnum* era optar a la dignidad asturicense. Ello provocó que los diversos pretendientes competieran unos con otros para obtener este reconocimiento simbólico.

Asimismo, acorde a las tres diversidades locales, hemos podido establecer distintos mecanismos de legitimación plenomedievales de «invención de la memoria». En *Gallecia*, se recurrió a la elaboración de manipulaciones documentales en las que el origen de ciertas instituciones eran fundaciones de personajes llegados *ex partibus Spania*. Por otro lado, en León, se recurrió a la elaboración de hagiografías, como la de san Atilano o san Froilán. Finalmente, en El Bierzo, se buscó la vinculación con Fructuoso, Valerio y Genadio, unos «hombres santos» que conectaban con este pasado suevo y visigodo.

Gonzalo J. ESCUDERO MANZANO

Universidad Complutense de Madrid  
gonzaesc@ucm.es

---

## Fernando el Católico y Julio II: papado y monarquía hispánica en el umbral de la modernidad\*

### MARCO DE UNA INVESTIGACIÓN

Toda tesis tiene mucho de personal, pero se nutre de un marco familiar, de amistades duraderas, y de espacios académicos fértiles. Esta investigación los ha tenido; de alguna manera refleja la naturaleza de las dos instituciones que la im-

---

\* Tesis doctoral dirigida por Miguel Ángel Ladero Quesada (director) y José Manuel Nieto Soria (tutor), defendida en el Departamento de Historia de América y Medieval y Ciencias Historiográficas, de la Universidad Complutense de Madrid, el 22 de noviembre de 2019. El tribunal estaba formado por D. Juan Manuel Carretero Zamora (presidente), D. César Olivera Serrano, D. José Ángel Sesma Muñoz, D. Enrique Cantera Montenegro (vocales), y D. Jorge Díaz Ibáñez (secretario). Calificación: Sobresaliente «cum laude».

pulsaron. En primer lugar, la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid, a la que debo una formación transmitida por verdaderos maestros, que nos han legado su profesionalidad y sus ideales en un ambiente de renovación historiográfica. En segundo lugar, la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra y el grupo de investigación *Religión y Sociedad Civil* que ha enriquecido nuestra reflexión gracias a una interdisciplinariedad que conecta lo disperso y reinventa lo antiguo.

Al amparo de ambas academias, emprendimos este trabajo para obtener el grado de doctor en Historia. Acabábamos de finalizar el doctorado en Teología con una tesis sobre las relaciones del cardenal Rodrigo de Borja –luego papa Alejandro VI– con Isabel y Fernando –reyes de Castilla y Aragón–, defendida en la Universidad de la Santa Cruz (Roma). Si las aulas madrileñas nos introdujeron en el poder real, que en su crisálida medieval tomó la forma de estado moderno, los años romanos nos orientaron hacia el papado: esa institución de Occidente en permanente transformación desde que recibió la custodia del ministerio petrino. Papado y monarquía no eran potencias equivalentes, sino poderes disimétricos, con zonas de imbricación y ámbitos propios. Ni el poder monárquico se consideraba exclusivamente temporal, ni el papal únicamente espiritual. Ambos estaban llamados a entenderse en una Europa que tanteaba nuevas formas de relación, y una modernidad que estaba redefiniendo las fronteras de lo secular y lo espiritual.

Tras la conclusión de aquel trabajo, pude retomar el proyecto emprendido en la Complutense bajo la dirección de D. Miguel Ángel Ladero Quesada –maestro y guía de mi primera indagación sobre la corte isabelina–, y la tutoría de D. José Manuel Nieto Soria, siempre atento a las complejidades académicas que entraña la realización de un trabajo a distancia. Esta vez decidimos adentrarnos en un período menos conocido: la gobernación del rey Católico, iniciada en 1504 tras el fallecimiento de su esposa, y culminada en 1516 con el advenimiento del emperador Carlos: doce años más creativos de lo que se había pensado, esenciales en la transmisión del legado Trastámara, y significativos para comprender el papel de la monarquía hispánica y el papado en la configuración del mundo moderno: la aparición de la primera globalidad transoceánica, la edificación de un poder imperial habsbúrgico, y la activación de una reforma religiosa que transformó el rostro espiritual del Viejo y el Nuevo Mundo.

Conforme nos adentramos en este escenario, advertimos que el camino no era ni lineal, ni sencillo. Estábamos ante un mundo en construcción, afectado por crisis de crecimiento, incertidumbres sucesorias, utopías proféticas y proyectos incoados que comprometían a la Sede Apostólica y a esa joven monarquía

castellano-aragonesa que tras tres décadas de crecimiento volvía a fragmentarse por la disputa del último Trastámara con Felipe de Habsburgo, convertido en rey de Castilla por su matrimonio con la heredera Juana.

Una imagen puede explicar este escenario tan singular. En 1506 cualquier peregrino que llegaba a la Ciudad Eterna contemplaba un paisaje desconcertante: tras la antigua basílica constantiniana se alzaba un inmenso pilar de 27 metros de altura y 9 metros de grosor; era el testigo mudo de la nueva Basílica de San Pedro iniciada por un pontífice que nunca la vio concluida. Esta imagen un tanto surrealista, que combina lo antiguo y lo nuevo, refleja en su desmesura la empresa eclesial de Julio II: la restauración del *Patrimonium Ecclesiae* como centro de un orbe cristiano que redimensionaba su universalidad gracias a los descubrimientos atlánticos y la intensificación de las relaciones internacionales. Aquella aspiración contrastaba con la descomposición del proyecto del rey Católico, que aquel mismo año intentaba restaurar sus reinos patrimoniales tras ser expulsado de Castilla. Eran las fluctuaciones de aquella Europa convulsa que experimentaba un doble movimiento aparentemente contradictorio: la tensión interna y la dilatación de sus fronteras.

Sin embargo, ¿qué sabíamos de todo eso? La historiografía de los Reyes Católicos enmudecía tras el fallecimiento de Isabel, y la bibliografía disponible se reducía a antiguos trabajos con posicionamientos historiográficos un tanto aislados. Gracias a la obra de Zurita conocíamos *las empresas, y ligas de Italia* del rey Católico<sup>1</sup>; sin embargo, carecíamos de un conocimiento detallado e integrador de los fenómenos internacionales, sus conexiones e ideales compartidos, más allá de las rivalidades que simplificaban nuestro precario conocimiento de las relaciones del poder hispano con el resto de las potencias europeas, y con el papado en particular. Así lo advertía uno de los mejores conocedores de la documentación vaticana, D. Justo Fernández Alonso, cuando escribía que «en las historias generales de España este período es pasado en silencio», y aunque «los episodios y peripecias de la lucha de Julio II por la restauración del Estado pontificio son bien conocidos; no lo es tanto la postura y las razones de los Reyes Católicos en esta coyuntura»<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Jerónimo ZURITA, *Historia del rey don Hernando el Cathólico. De las empresas y ligas de Italia*, ed. A. Canellas López, Zaragoza, 1989-1996, 6 vols.

<sup>2</sup> Justo FERNÁNDEZ ALONSO, *La legación frustrada de Cosimo dei Pazzi, obispo de Arezzo (1504)*, en *Anthologica Annua*, 11 (1963), p. 63.

## FUENTES Y METODOLOGÍA

Éramos conscientes de que la investigación debía tener una base documental amplia, que tuviera en cuenta la perspectiva de las potencias concurrentes; es decir, el «otro» diplomático. Para lograrlo fue necesario indagar en los fondos documentales de Venecia, Florencia, Roma, Ciudad de Vaticano, París o Lille. Buscamos material inédito que evitara visiones unilaterales y permitiera reconstruir el horizonte papal y fernandino. Los archivos de Simancas, Corona de Aragón, Academia de la Historia, Biblioteca de Cataluña y tantos otros, iluminaron con su documentación los equilibrios del rey Católico como regente de Castilla y soberano de Aragón. Fue una labor larga entre Madrid y Pamplona, que D. Miguel Ángel tuteló con el regalo impagable de su paciencia, interés y confianza, en medio de las inevitables interrupciones de una investigación entrelazada con mi labor sacerdotal y los encargos académicos en la Facultad de Teología.

Para cohesionar temas tan diversos, decidimos respetar el orden cronológico de los acontecimientos, e ir ensamblando en cada etapa nuestro análisis sobre cuatro bloques temáticos: la evolución diplomática, los eventos políticos, los proyectos eclesiásticos, y las transformaciones identitarias. Cada ámbito exigió su propia metodología. Partimos de la nueva historia diplomática abierta a los procesos de negociación, representación, comunicación, y creación de culturas políticas comunes. Después abordamos las cuestiones eclesiásticas con su instrumental jurídico, sin descuidar sus conexiones con la política para poder reconstruir el dúctil diálogo entre el poder regio y el papal.

## COORDENADAS DIPLOMÁTICAS

No podemos detenernos en todos los aspectos tratados, donde tantas veces el detalle marca la diferencia de una investigación que debe sortear las trampas simplificadoras. A pesar de las diferencias con la Sede Apostólica o los posicionamientos antagónicos de Julio II y Fernando el Católico, podemos decir que el monarca aragonés buscó las líneas de convergencia, y salvó la hostilidad forzada por el oscilante juego de equilibrios que otras potencias –Venecia o Francia– no pudieron evitar al posicionarse contra un papado que acabó socavando sus aspiraciones expansivas. Evitar este error le costó a Fernando seis años de negociación en medio de una crisis interna. Sus primeros resultados se advirtieron en 1507, fecha que cierra nuestra investigación y anuncia la alianza hispano-papal

que permitió al Católico confirmar importantes aspiraciones eclesiásticas, legitimar sus dominios italianos, y mantener unido el patrimonio territorial legado a Carlos de Habsburgo.

Esta línea de acción conservó los elementos esenciales de la diplomacia diseñada con su esposa; lo refleja el mantenimiento del cuerpo diplomático bajo la dirección de Francisco de Rojas, que aumentó su séquito incorporando prelados, notarios y militares que anuncian los cortejos modernos. Esta militarización no respondía solo a la crispación internacional, sino al faccionalismo que hemos documentado durante el conflicto con Francia, y en el desdoblamiento de la embajada romana durante la crisis sucesoria; se llegó así a la doble representación de Fernando y de Felipe, que tuvo graves consecuencias en las negociaciones, la transmisión de información, o la escisión de la *natio hispana* que obligó a los súbditos de la Corona de Aragón a crear nuevas formas de asociación para no quedar aislados en la Roma de Julio II.

En este proceso de faccionalismo, Rojas debió atraerse a las antiguas clientelas borgianas que tras la desaparición del papa-patrono buscaron en la Corona una plataforma de supervivencia. Fernando contó con este grupo de cardenales para compensar la inicial francofilia de Julio II, defender sus empresas eclesiásticas, o usar su influencia electoral como baza en la negociación con Francia. Sin embargo, no conviene exagerar estos vínculos, pues otros purpurados desarrollaron líneas autónomas de acción, como el extremeño Bernardino López de Carvajal, siempre oscilante entre Fernando y los Habsburgo.

Los agentes regioes no se limitaron a estrechar los contactos ibéricos. Rojas y el virrey de Nápoles, Gonzalo Fernández de Córdoba, debieron ganarse las lealtades aristocráticas de la península italiana: las familias baronales romanas –Orsini y Colonna–, los clanes desposeídos por el poder francés –Medici y Sforza–, o linajes napolitanos como los Caraffa. Todo ello ha revelado una costelación de poderes intermedios esenciales para comprender la eficacia o el fracaso de la acción hispana. Curiosamente, estos aliados solicitaban la mayor implicación de la Corona, alegando que su distanciamiento de los asuntos italianos les dejaría sin apoyos. Eran los movimientos de atracción y conflicto generados en el complejo escenario de las «guerras de Italia».

La representación diplomática pontificia acusó la inestabilidad inicial de las relaciones, pues tardó tres años en consolidarse con el envío del nuncio Giovanni Ruffo. Durante este tiempo, Julio II buscó sus apoyos en los arzobispos Diego de Deza o Cisneros, para hacer valer sus intereses en la corte. Sin embargo, esta teórica desconexión no impidió la actuación de otras figuras más

discretas, como aquel macero papal que recibía pagos de la reina mientras se cerraba la frontera pirenaica al legado enviado por Julio II.

### RITUALES E INFORMACIÓN

Desde el punto de vista representativo, la regencia fernandina constituye la etapa inaugural de algunos rituales modernos. La ceremonia de entrega de la hacanea napolitana creció en solemnidad, fuerza legitimadora y violencia entre las partes que esperaban ser recibidos por el Santo Padre, como señor del feudo. Inversamente, la prestación de obediencia constituyó el apoyo legitimador que los príncipes tributaban al pontífice recién elegido, lo que explica su postergación como medida de presión, o los premios concedidos por la Sede Apostólica tras su celebración, como sucedió en 1507. La celebración hispana desplegada a lo largo de los pontificados de Inocencio VIII y Alejandro VI tuvo su continuidad en los funerales romanos de Isabel la Católica (1504), o la celebración de la conquista de Mazalquivir (1505). Sin embargo, Julio II no prestó la Capilla Papal para las exequias isabelinas, como había hecho su predecesor en los funerales del príncipe Juan; y los curiales imperiales silenciaron el éxito de Mazalquivir que recuperaba la imagen cruzadista de Fernando el Católico.

Nuestro análisis ha tenido en cuenta el uso y abuso de la información en una Roma donde «las cosas se conducen la mitad por reputación», como advertía el embajador de Felipe I<sup>3</sup>. La información otorgaba prestigio, y el rumor político se usaba para desprestigiar al adversario e inyectar desconfianza, como hicieron los agentes imperiales para descomponer la relación de Fernando y el Gran Capitán. Era preciso publicar la parte de información que interesaba (la propaganda) y ocultar la que no debía conocerse (el secretismo diplomático). Las imprentas veneciana y romana se hicieron eco de algunos éxitos hispanos, mientras Fernando multiplicaba su famoso *para con vos*, con que advertía a su embajador de la confidencialidad de lo revelado. Pero la información encubierta despertaba la curiosidad, provocando la incautación de correos que desestabilizaba las relaciones, como sucedió en 1505 cuando el Gran Capitán confiscó documentación papal en represalia por los correos interceptados por los agentes papales.

---

<sup>3</sup> Despacho de Philibert Naturel –embajadores de Felipe I–, Roma 6 mayo 1506; Archives départementales du Nord (Lille), B 18.828, n. 24158 (original) 29621 (copia del siglo XVIII).

## UNA RELACIÓN COMPLEJA

La relación de Isabel y Fernando con Giuliano della Rovere duró tres largas décadas, desde que aquel «buen cardenal, pero onbre sin medio» entabló con los Trastámara una relación que pasaba por los comunes intereses napolitanos<sup>4</sup>. Para lograr los primeros acuerdos de 1474 fue necesario ceder obispados, mientras se abría paso la reforma religiosa del monasterio de Monserrat que la Corona convirtió en centro de la renovación benedictina en Cataluña. Y es que a pesar de la inclinación francesa de Giuliano y su oposición a Alejandro VI, los reyes confiaron en su lealtad cuando le apoyaron en el cónclave de 1503, tras haber obtenido su compromiso de entregarles la investidura de Nápoles.

Sin embargo, el nuevo pontífice no quiso comprometer su amistad con Luis XII de Francia, y a ojos hispanos fue considerado parcial, incapaz de ejercer un arbitraje en la disputa del *Regno*, y demasiado incauto para percatarse del peligro de actuar contra Venecia. Isabel y Fernando hicieron algunas cesiones políticas y le prometieron la obediencia si reconocía sus derechos patronales a la Iglesia indiana y napolitana: dos territorios distantes pero unidos en la conciencia de unos monarcas preocupados por la evangelización americana y la restauración de la iglesia partenopea. No hubo tiempo para tanto. Un mes antes de que Isabel expirase en Medina del Campo (1504), los Habsburgo firmaron con Luis XII la coalición de Blois que abrió a Felipe las puertas de Castilla sin respetar los derechos fernandinos. Para salir del aislamiento internacional, el Católico buscó la alianza con Venecia a través de la desconocida Liga del Espíritu Santo, mientras las simpatías papales se deslizaban hacia el joven Habsburgo en el propósito de poner fin al conflicto hispano-francés.

Aquellos reyes errantes que fueron Felipe y Fernando en 1506 acabaron concertando en Villafáfila un acuerdo que redistribuía sus apoyos exteriores. Dos gestos retratan las emociones políticas de aquellos meses: una fuente describe las lágrimas de Fernando al salir de su último encuentro con su yerno; algo insólito en aquel aragonés acostumbrado a ocultar sus emociones, a menos que derramara lágrimas políticas para publicar la injusticia sufrida. Sea como fuere, el monarca no tardó en dar muestra de su autodomínio durante su estancia en Nápoles. Cuando un sacamuelas confundió el diente que debía arrancarle, y sin la menor

---

<sup>4</sup> El texto entrecomillado procede del informe de Bernardino López de Carvajal, 2 octubre 1493 (datación corregida); en Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Política internacional de Isabel la Católica. Estudio y documentos*, Valladolid, 1971, IV, pp. 428-432.

queja le indicó: «habéis extraído el bueno»<sup>5</sup>. Julio II carecía de este autodomínio, pero no le faltaba perspicacia política. Cuando escuchó las razones del embajador de Felipe sobre la necesaria unión de su señor con el rey de Aragón, no pudo reprimirse y clavando «sus ojos ardientes en mí y apoyando el bastón en mi hombro me dijo: *Por el Cuerpo de Dios, habéis dado en el clavo*»<sup>6</sup>.

Las cuestiones eclesiásticas también exigieron una negociación que aquí sólo podemos sobrevolar. El entendimiento alcanzado con Alejandro VI en las provisiones episcopales, se desajustó por el empeño de su sucesor en conservar el derecho a nombrar las vacantes *in Curia*, frecuentes por el fallecimiento de los numerosos cardenales hispanos promocionados por el papa Borja. Y cuando la muerte de Felipe dejó las vacantes sin proveer por la negativa de la reina Juana a delegar poderes, se impuso el criterio de Cisneros de cancelar todo nombramiento hasta el regreso de Fernando. Pero la influencia del poder real no sólo se materializó en la extensión de los derechos patronales, sino en la propia Curia en momentos tan delicados como la sede vacante, en que los agentes hispanos ejercieron por primera vez el «derecho de exclusión» indirecto (*ius exclusivæ*) para evitar la elección de un candidato francés.

En el terreno fiscal también se buscaron equilibrios. Para paliar la exacción eclesiástica de la décima del clero o la renovación de la bula de cruzada, Julio II exigió la recaudación de los espolios y las anatas, que indignaba al clero. Más novedosa resulta la intervención papal en la crisis inquisitorial provocada por los procesos de Córdoba (1505-1506) que, a pesar de su contagio político, facilitó la colaboración de la Sede Apostólica y monarquía, provocando uno de los ejercicios de autocritica más interesantes de la historia del Tribunal.

## PROCESOS IDENTITARIOS Y UTOPIAS PROFÉTICAS

La tesis también ha dedicado espacio a los procesos identitarios. Los estudios sobre las guerras de Italia han logrado superar las lecturas culpabilistas de aquel conflicto que se convirtió en un laboratorio de identidades nacionales y reformulaciones territoriales. El papado no fue ajeno a estos procesos al asumir una concepción de sus Estados que deshacía las mediaciones feudales y lo vinculaba

<sup>5</sup> Informe del embajador veneciano presentado ante la Señoría en julio de 1507; Marin SANUTO, *Diarii*, Venecia, 1895, VII, col. 117.

<sup>6</sup> Despacho de Philibert Naturel a Felipe I de Castilla, Roma 2-7 agosto 1506; Archives départementales du Nord (Lille), B 18.828, n. 29649 (copia).



directamente a la persona del pontífice. Un gesto elocuente de esta concepción fue el lamento de Julio II al enterarse del acuerdo hispano-francés sobre la sucesión del reino napolitano que le correspondía como titular de feudo: *Isti duo reges diviserunt sibi vestimenta mea*: «estos dos reyes se han repartido mis vestidos», equiparando aquel pacto diplomático al expolio de Jesucristo en su pasión<sup>7</sup>. Territorio y persona se unían así en la misión vicarial de un papa que comprometió fama y hacienda para restaurar un espacio geográfico que era un trasunto de su cuerpo.

Tampoco conviene desatender las utopías proféticas activadas durante las guerras de Italia y compartidas por las potencias rivales. Detrás se hallaban los secretarios reales (Ruiz de Cálceña o Luis Peixó) que interpretaban la restauración del reino de las dos Sicilias como una premonición de la expansión fernandina hacia Oriente, la reforma de la Iglesia y la recuperación de Jerusalén. Un ideal que entraba en resonancia con los vaticinios romanos sobre el *incrementum Ecclesiae* facilitado por las conquistas africanas del rey Católico bajo la encina ro-veresca. Esta conexión propagandística muestra las sinergias de aquellas utopías que interpretaban el antiguo paradigma de la *dilatatio Christianistas* a la luz de la expansión territorial. Se asistía a la génesis religiosa de la primera globalización moderna impulsada por aquel aragonés que –según Antonio de Ferraris– había hecho «de un mundo fragmentario, uno continuo»<sup>8</sup>.

Como advirtió Subrahmanyam, antes de que las carabelas, los objetos o las armas arribaran a las costas, los espacios geográficos se unieron al compartir aquellos anhelos que fecundaban sus culturas<sup>9</sup>. Esperamos que nuestro trabajo haya recuperado algunas de estas raíces políticas y religiosas que explican un pequeño fragmento de la genealogía de Occidente.

Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES  
afdecordova@unav.es

<sup>7</sup> Carta de Adriano da Corneto a Enrique VII de Inglaterra, Roma 23 octubre 1505; James GAIRDNER, *Letters and Papers Illustrative of the Reigns of Richard III and Henry VII*, Longman, Londres, 1863, I, pp. 247-248.

<sup>8</sup> Antonio de FERRARIIS GALATEO, *Ad Catholicum regem Ferdinandum de capta Tripoli*, en ID., *Epistole*, ed. A. Altamura, Centro di Studi Salentini, Lecce, 1959, pp. 152-153.

<sup>9</sup> Sanjay SUBRAHMANYAM, *Du Tage au Gange au XVI<sup>e</sup> siècle: une conjoncture millénariste à l'échelle eurasiatique*, en *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 56/1 (2001), pp. 51-84.